

Glosa

Razón que imperas en mí
¿porqué habré de mentir yo,
diciendo impasible no,
cuando el alma dice sí?

Al mirar tus bellos ojos
siento nacer la alegría,
porque truecan, vida mía,
en encanto, los enojos.
Al mirar tus labios rojos
donde el amor se atesora
mi pecho esclavo te adora,
y huyendo del frenesí
tengo que exclamar, señora,
«razón que imperas en mí».

Si observas en mi semblante
el delirio que me inspiras,
si con deleite me miras
y en mi seno palpitante
percibes el dulce instante
que ocasionas a mi alma,
¡qué vale que finja calma!
si el fuego que me abrasó
obtiene triunfante palma,
¿porqué habré de mentir yo?

¡Oh! no esperes que negarlo
pueda el pecho enardecido,
no puede estar escondido
tan dulce afecto; callarlo
es penar y acrecentarlo:
que en vano ¡ay Dios! mentiría
si al preguntarme algún día
si mi pecho te adoró,
yo respondiese, alma mía,
diciendo impasible, NO.

Tanto valiera negar
que eres bella y atractiva,
que el alba se muestra esquiva
si ve tus ojos brillar;
tanto valiera expresar
que el que llegó a contemplarte,
logró vivir y olvidarte,
alcance vivir sin ti,
si yo dijera NO amarte
cuando el alma dice SÍ.

Sus ojos

Hay unos ojos divinos
fuente de dicha y dolores,
el cielo les dio colores
y el Señor su bendición.

Dioles la luna su encanto,
la palabra su armonía,
el amor su simpatía,
su elocuencia el corazón.

Aunque tiranos me miren
si los vela ingrato el sueño,
suspiro porque risueño
llegue el dulce despertar.

Si miran airados matan,
si suplican, enajenan
y si mandan, encadenan:
que es la gloria su mirar.

Brillan alegres, y es día
la noche: y ¡qué días bellos
son tales ojos si en ellos
miro el cariño lucir!

Miran tristes, y suspiro
en hondo y amargo duelo;
más si lloran... ¡santo cielo!
si lloran... quiero morir.

Soy el ave, tú la rosa:
diz que la rosa constante
del ruiseñor es amante...
yo seré tu ruiseñor.

Soy el verso, tú la musa:
Sin ti el verso no es poesía,
sin ti el son no es melodía,
ni da encanto al corazón.

Tú la miel y yo la cera
que te guarda; aquí en mi seno
de la existencia el veneno
truecas en miel y en pasión.

En el árido desierto
tú la brisa, yo la palma,
llega, oh brisa de mi alma,
con tu arrullo bienhechor.

Soy yo la tierra, tú el cielo,
bríllame siempre serena,
sé mi luna de amor llena,
sé mi cielo, yo tu amor.

UN rayo de cielo

Tus ojos me miraron
y en bello oriente,
un astro me mostraron
resplandeciente.

Pagó tu labio bello
mi amor sumiso,
y el astro fue destello
del paraíso.

Más en vano encendiste
mi grato anhelo,
y a la tierra trajiste
la luz del cielo,
si en breve has apagado
mi sol querido
y en sombras me ha dejado

tu yerto olvido.

A Elena- Madrigal

Colúmpiase en el valle una azucena
tan pura y tan galana
como de abril la cándida mañana.
El zumbador que la enamora tierno
de su pudor y su beldad celoso,
no se atreve a libar en su corola
el néctar delicioso;
del sustento es priva
porque lozana y candorosa viva,
y muriera contento
gozando los perfumes de su aliento:
encantadora Elena,
yo soy el zumbador, tú la azucena.

Guamaní (un fragmento)

A mi buen amigo Andrés S.

¡Conoces la alta cumbre
que allá en el suelo
de mi Borinquen bella
saluda al cielo;
verde montaña,
que corona altanera
campos de caña.

En su cima se elevan
las palmas reales,
y en sus faldas se mecen
los cafetales,
cuyos jazmines
bosque y prados convierten
en cien jardines.

El sol allí se asienta,
también la aurora
así conto la luna
del sol señora;
y musas bellas
de aquel frondoso Pindo
son las estrellas.

Llamola el indio cima
de Guamaní,
y diz que allí su gloria
mostró el Cemí
y sus fulgores
la comarca trocaron
en fruto y flores.

A tan grata eminencia,
del porvenir
un blando ensueño unido
va a mí existir;
que mi ventura
se cifra de los campos
en la hermosura.

Como templo de dicha
en la montaña,
alzaré yo algún día
dulce cabaña;
y a ser testigo
de mi gloria te llamo
mi grato amigo.

Oh, tú que fiel comprendes
con tu alma pura
que en el ruido del mundo
¡ah! no hay ventura;
tú que desdeñas
vanidad cortesana
y cual yo sueñas.

Allí la fértil zona,
del corvo arado
esposa virginal,
dará colmado
es en vario fruto
de abundante primicia
rico tributo.

Y el dulcísimo néctar
darán mis cañas
al brazo del labriego
jamás hurañas;
tacho y molino
harán dorado grano
y aun argentino.

Al paso que esparcidas
las mugidoras,
sus lácteas fuentes sanas
y bienhechoras;
el espumante
coco rebosarán
vivificante.

¡Y ves como se acrecen
a la ventura,
y su prole amamantan
en la llanura,
la aún no tocada,
con el belfo buscando,
gramínea ansiada.

¡Salud tendremos
salud bendita!
riqueza es de la gente
que el campo habita,
y que sin queja
despierta con el alba
y el lecho deja.

A las plantas y arbustos
nuestros sudores
prodigaremos y ellos
nos darán flores;
nuestra ternura
pagarán con su fruto,

con su aura pura.

Y cuando el alba asome
por su ventana,
bendeciremos juntos
a la mañana;
la fresca rosa
cogeré, apenas abra,
para mi hermosa.

Mira el alba, se ostenta
grata y festiva
con su manto fulgente
de lumbre viva;
Marzo en el prado
la saluda galante
y enamorado.

A sus pies tiende bello
manto precioso,
en matutinas perlas
rico, abundoso;
con verde y flores
la forma una guirnalda
de luz y amores.

Rico dosel la ofrecen
las nacarinas
nubes, también las flores
más peregrinas
olor ameno
la dan dejando el prado
de aroma lleno.

Entonce atronador
o manso el río
prodígala su estruendo
su murmurío;
entonce el viento,
jugando entre bambúes,
la da contento.

Zorzales y pitirres
y zumbadores
de las alegres selvas
dulces cantores,
la hacen halagos
practicando en las ramas
su giros vagos.

Y parece que dicen
en su alegría:
Despertad, oh natura,
que viene el día;
y al grato hosana
se muestra ufano el rostro
de la mañana.

Andrés, mi buen amigo,
¿qué habrá más bello
si de amor este cuadro

orna un destello?
¡ah! ¿si mi Eva
colmando aquestos goces
a Edén renueva?

La de dulce mirada
tierna sonrisa,
que en virginal cariño
mi vida hechiza,
vendrá y las flores
esparcirán más vivos
gratos olores.

Ella, sí, de mi frente
tristes memorias
borrará con su imagen,
y serán glorias
las que a su lado
pasaré; de los hombres
siempre olvidado.

Ven y sígueme pues
cuando a tu puerta
te llame; la morada
no es ya desierta
cuando da abrigo
a un libro y a una hermosa
y a... un dulce amigo.

(Habana, 26 Octubre 1861.)

Plegaria de una virgen

Elena

Solitaria y temerosa
pobre nave desvalida,
vago en el mar de la vida
en combate desigual.
¿Porqué, oh cielo, me robaste
el dulce materno amparo?
¿Qué seré sin su amor caro
ante el recio vendaval?

Huérfana triste del mundo
en el piélago desierto,
¿quién en bonanza hacia el puerto
generoso me guiará?
¿Qué piloto entre las rocas
que oculta la mar traidora,
de su sana malhechora,
ay de mí, me salvará?

Si tú, cielo bondadoso,
me niegas la luz del día,
y ocultas en noche umbría
la estrella de salvación;
del desastroso naufragio
¿podré libertarme, ay triste,
cuando el escollo que existe
es mi propio corazón?

Oh destino, sé piadoso
con la pobre abandonada

que sin apoyo, confiada
se entrega a merced de ti.
De la tormenta bravía,
del escollo misterioso,
líbrame, cielo amoroso,
líbrame, cielo, de mí.

El àngel del amor

Dios hizo el mundo; con su voz divina
del caos lo sacó,
y admirando su obra peregrina
se dice que la amó.

Su grandioso querer cumplido estaba
magnífico, inmortal;
pero amante, colmar aun le faltaba
su afecto celestial.

Y ante el dulce mirar de su ternura
la esfera se extasió,
y el àngel de la luz y la hermosura
en luna se trocó.

Y el grato aroma de su noble aliento
lanzó sobre el Abril,
y el àngel del perfume en el momento
fue rosa del pensil.

Y emanando su labio regalado
al àngel de la miel,
fue emblema de su néctar delicado
la dulce abeja fiel.

Y formó de su voz la simpatía,
un eco seductor,
y el àngel de la plácida armonía
trocose en rruiseñor.

Empero deseaba el Dios potente
formar un nuevo ser;
y un àngel de su Edén trajo clemente
y fuiste tú, mujer.

Y te ornó con diadema de hermosura,
te alzó como deidad;
dio a tus ojos mil perlas de ternura,
de gozo y de piedad.

Y emblema, oh Celia, del amor divino
te quiso el Hacedor
consagrar al benéfico destino
del àngel del amor.

La hoja de yagrumo

Yo vi los negros ojos
de una trigueña,
cuando iba hacia los montes,
a cortar leña:
¡ojos de fuego!
Sentí que me dejaban

de amores ciego.

Seguí triste y turbado
por mi camino,
dejando a mis espaldas
perdido el tino;
sin pensamiento,
como la hoja que lleva
volando el viento.

Llegado que hube al monte
me eché en el suelo,
al pie de la arboleda
que cubre el cielo,
y allí en la calma
busqué paz y contento
para mi alma.

Y era la primer hora
de hermoso día,
mil pájaros la daban
su melodía,
y suspirando
vagaban por los aires
su amor cantando.

A la par que un pintado
bello sinsonte,
risueña flor del aire,
cantor del monte,
con voz parlera
dio comienzo a su trova
de esta manera:

«Escuchad, pajarillos,
que amáis cantando
de arbusto en arbusto
cantáis saltando,
no en el Yagrumo
poséis el raudo vuelo:
su amor es humo.

»Escuchad pues la historia
que he de contaros,
y su ejemplo os enseñe
de él alejaros,
y con cautela
a correr tras la dicha
que el alma anhela.

»Aunque es bella y lozana
la flor de amores,
tiene crueles espinas
cual otras flores;
si tenéis dudas
probadlo y sentiréis
penas agudas.

»Que la hembra al varón dice
y él a la hembra,
¡guay de aquel que en vosotros

cariño siembra!-
¡Pobres humanos!
¡se olvidan de que todos
nacen hermanos!

»Hubo un tiempo, avecillas,
que dos amantes
en su amor se juraron
vivir constantes
y de sus almas
los votos presenciaron
ceibas y palmas.

»Poco tiempo vivieron
los dos amados
sin que su ser turbasen
fieros cuidados,
porque la ausencia
muy presto vino a herirles
con su inclemencia.

»¡Contratiempo maldito!
¡ausencia cruda,
que pensar y aficiones
traidora muda!
Los dos mudaron
y su amor y suspiros
pronto olvidaron.

»Amor por castigarles
su falta insana,
convirtió en vanos leños
su forma humana;
y fue el Yagrumo
la forma que tomaron,
según presumo.

»Mirad cómo sus hojas
el viento leve
sin cesar, de continuo
las cambia en breve,
y el tronco ufano
un corazón encierra
frágil y vano.

»Que en los campos reinaba
perseverancia,
y solo entre los hombres
vivía inconstancia,
y la trajeron
y las plantas y flores
la conocieron.

»Desconfiad del Yagrumo,
que en los amores
la confianza muy ciega
cuesta dolores;
y al soplo leve,
del Yagrumo la hoja
se cambia en breve»-.

Terminó así el sinsonte
la trova grata,
y alejose volando
de mata en mata;
y pensativo
a cortar yo mi leña
comencé activo.

Y a los golpes del hacha
-¡Ay! repetía,
guarda tus negros ojos,
trigueña impía.
¡Ojos de fuego!
volvedme mis amores
que no estoy ciego.

Y a los golpes de mi hacha
de esta manera
derramaba mis ayes
en la pradera;
y así cantando
llegó la tardecita
solaz brindando.

Puse al punto los haces
sobre la espalda,
y en pos de mi casita
trepé una falda,
do hallé muy luego
a la hermosa trigueña
de ojos de fuego.

«La mujer es Yagrumo
cuya hoja aleve,
el más ligero soplo
la cambia en breve»
y así diciendo
yo pasé sin mirarla,
de amor huyendo-.

EL BARDO

Mas luego pasó el tiempo
y en cierto día
el leñador ¡incauto!
ya no la huía;
y del sinsonte
por no oír los cantares,
no volvió al monte.

La trigueña era hermosa,
de ojos de fuego,
y él con ciegos amores
volvió a estar ciego:
no vio que aleve
del Yagrumo la hoja
se cambia en breve.